La limpieza de sangre y la construcción de jerarquías sociales en la Nueva España del siglo XVIII.

La Nueva España del siglo XVIII fue un mundo atravesado por fronteras invisibles. Más allá de los caminos, las ciudades y los grandes edificios que simbolizaban el poder de la monarquía, existía una geografía social construida a partir de la sangre, el honor y la memoria de los antepasados. En aquella sociedad, la posición de los individuos no dependía únicamente de la riqueza o del oficio que desempeñaban, sino de una compleja red de percepciones y categorías que buscaban definir quién merecía el privilegio y quién debía permanecer en los márgenes. Entre todas ellas, la limpieza de sangre ocupó un lugar central, convirtiéndose en un lenguaje de poder capaz de transformar el origen familiar en un criterio de distinción social y de convertir la genealogía en un instrumento para ordenar el mundo.

El estudio de este fenómeno permite adentrarse en una de las dimensiones más profundas de la experiencia colonial: la construcción de las jerarquías humanas. Originada en la península ibérica como un mecanismo destinado a distinguir a los cristianos viejos de los descendientes de judíos y musulmanes convertidos, la limpieza de sangre adquirió en América nuevos significados al encontrarse con una sociedad caracterizada por el mestizaje, la diversidad étnica y la constante interacción entre poblaciones de distinto origen. En este contexto, la sangre dejó de ser únicamente una cuestión religiosa para convertirse en una categoría social, jurídica y simbólica que vinculaba la apariencia física, la reputación, la nobleza y el acceso a los privilegios. Comprender esta transformación resulta fundamental para explicar la manera en que la sociedad novohispana construyó sus mecanismos de inclusión y exclusión, así como las formas en que las élites legitimaron su posición dentro del orden colonial.

La presente investigación tiene como objetivo analizar la función de la limpieza de sangre como instrumento de control

social y jerarquización en la Nueva España del siglo XVIII, así como explicar su relación con el mestizaje, el sistema de castas y la construcción de identidades sociales. Se sostiene que la limpieza de sangre constituyó uno de los pilares fundamentales del orden colonial, al proporcionar una justificación ideológica para la desigual distribución del honor, el poder y los privilegios. Sin embargo, lejos de ser una categoría rígida e inmutable, fue también un espacio de negociación donde la riqueza, la educación, la apariencia y las estrategias familiares podían alterar, ocultar o redefinir los límites de la pertenencia social. Explorar esta tensión entre exclusión y movilidad permite observar a la Nueva España no como una estructura inmóvil, sino como un escenario dinámico en el que la sangre, el linaje y la calidad se convirtieron en herramientas esenciales para imaginar, disputar y ejercer el poder.

Abordemos esto desde el inicio, la expansión de la sociedad novohispana durante el siglo XVIII produjo una realidad social profundamente diversa y difícil de encuadrar dentro de las categorías tradicionales heredadas de la península ibérica.[1] La convivencia entre españoles, indígenas, africanos y los múltiples grupos surgidos del mestizaje generó un escenario en el que las antiguas formas de identificación resultaban insuficientes para preservar las jerarquías que sustentaban el orden colonial. En este contexto, la limpieza de sangre adquirió una relevancia extraordinaria, pues ofrecía un criterio aparentemente objetivo para clasificar a los individuos y determinar su lugar dentro de la sociedad. Más que una simple condición genealógica, se convirtió en un principio organizador que vinculaba el origen familiar con el honor, la reputación y el acceso a los privilegios.

El concepto tenía sus raíces en la España bajomedieval y moderna, donde surgió como un mecanismo destinado a distinguir a los cristianos viejos de aquellos que descendían de judíos o musulmanes convertidos al cristianismo. La preocupación inicial giraba en torno a la ortodoxia religiosa y a la sospecha de que ciertos grupos conservaran prácticas incompatibles con la fe católica. Sin embargo, al trasladarse al mundo americano, la limpieza de sangre experimentó una transformación

[1] Alamilla Rodríguez, José Alfredo, 2006, *Marginación y movilidad social en la Real Universidad de México: expuestos, indios y castas, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 56, 141.

profunda.[2] La presencia de poblaciones indígenas y africanas, así como el crecimiento constante del mestizaje, provocaron que la noción de pureza dejara de referirse exclusivamente a cuestiones religiosas para incorporar elementos raciales, sociales y culturales que terminaron redefiniendo su significado original.

En la Nueva España, la limpieza de sangre llegó a representar mucho más que la ausencia de ascendientes judíos o musulmanes. El concepto se vinculó progresivamente con la idea de una genealogía libre de cualquier origen considerado inferior o deshonroso dentro de la lógica colonial. Ser reconocido como una persona limpia implicaba pertenecer a una familia de cristianos viejos, poseer una reputación intachable y estar libre de toda sospecha de mezcla racial o de comportamientos considerados indignos.[3] De esta manera, la sangre comenzó a funcionar como una metáfora de la calidad moral de los individuos, convirtiendo la ascendencia en un indicador de virtud, honor y confiabilidad social.

Esta asociación entre sangre y honor encontraba sustento en la creencia de que las cualidades morales podían transmitirse hereditariamente. Las virtudes, la fidelidad religiosa y la honra eran concebidas como atributos que pasaban de generación en generación, del mismo modo que podían heredarse los defectos o las faltas de los antepasados. Bajo esta lógica, la pureza genealógica se convirtió en una forma de capital simbólico que legitimaba el acceso a posiciones de prestigio y autoridad. La nobleza, los cargos públicos y las dignidades eclesiásticas aparecían entonces como recompensas naturales para quienes podían demostrar una ascendencia libre de cualquier "mancha".[4]

El significado de la limpieza de sangre también incorporó otros elementos que trascendían la cuestión estrictamente racial. La legitimidad de nacimiento y la ausencia de los llamados "oficios viles" formaban parte de los requisitos indispensables para conservar el honor familiar. Se consideraba que determinadas

[2] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1, 13, 123.

[3] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1 (Introducción).

[4] Mayagoitia, Alejandro, 2014, “La limpieza de sangre: piedra angular de la nobleza durante las postrimerías de la dominación española en tierras novohispanas y novogalaicas” en *Genealogía, heráldica y documentación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 36.

actividades manuales degradaban socialmente a quienes las ejercían y que la ilegitimidad rompía la continuidad moral del linaje.[5] En consecuencia, la condición de persona limpia dependía tanto de la genealogía como de la capacidad de la familia para preservar una reputación pública acorde con los ideales de virtud y nobleza promovidos por la cultura colonial.

La importancia de la limpieza de sangre radicó, precisamente, en que transformó estas creencias en un criterio de diferenciación social capaz de estructurar la vida cotidiana y las relaciones de poder dentro de la colonia. Al vincular el honor con la ascendencia, el sistema convirtió el origen familiar en una medida del valor humano y estableció fronteras simbólicas que separaban a los individuos entre dignos e indignos, honorables e infames, privilegiados y excluidos.[6] Sobre este fundamento se edificó buena parte de la arquitectura social novohispana, dando origen a instituciones, prácticas y discursos que buscaron preservar la supremacía de quienes podían reclamar para sí el privilegio de una sangre considerada pura.

Sin embargo, para que estas distinciones trascendieran el ámbito de las representaciones culturales y adquirieran una verdadera capacidad de ordenar la sociedad, era necesario que fueran reconocidas, legitimadas y reproducidas por las principales corporaciones del mundo colonial. Las nociones de honor, pureza y calidad no permanecieron confinadas a la esfera de las creencias o de la memoria familiar; por el contrario, encontraron en las instituciones los mecanismos necesarios para convertirse en criterios objetivos de inclusión y exclusión. Fue precisamente a través de esta progresiva institucionalización que la limpieza de sangre dejó de ser únicamente un ideal social para transformarse en una herramienta efectiva de regulación, capaz de determinar el acceso al conocimiento, a los cargos públicos, a las dignidades religiosas y a los espacios de prestigio reservados para las élites novohispanas.[7]

[5]Ramírez Hernández, Esaú Juvenal, 2011, *El linaje del alma: el cuerpo como indicador moral y social (Siglos XVI-XVIII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 72-73.

[6] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 48.

[7] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 17.

Si la limpieza de sangre constituyó el fundamento ideológico de las jerarquías novohispanas, su permanencia y eficacia dependieron de un elemento aún más importante: su incorporación a las instituciones que organizaban la vida colonial. La fuerza de este principio no residía únicamente en las creencias compartidas acerca del honor o la genealogía, sino en la capacidad de diversas corporaciones para convertir dichas creencias en requisitos jurídicos, administrativos y sociales. De esta manera, aquello que comenzó como una noción vinculada a la ascendencia terminó por transformarse en una práctica cotidiana de vigilancia y clasificación que permeó los espacios más relevantes del poder virreinal.

Las instituciones coloniales actuaron como guardianas de las fronteras sociales. A través de expedientes, testimonios, interrogatorios y certificaciones, verificaban que quienes aspiraban a ocupar posiciones de prestigio poseyeran las cualidades consideradas necesarias para formar parte de los sectores privilegiados. En consecuencia, la limpieza de sangre dejó de ser una simple condición heredada para convertirse en una credencial social indispensable. Cada solicitud de ingreso a una corporación, cada aspiración a un cargo o cada pretensión de honor implicaba demostrar que la historia familiar estaba libre de cualquier sombra que pudiera comprometer la reputación del individuo.[8]

Entre todas las instituciones encargadas de esta vigilancia, pocas fueron tan rigurosas como el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.[9] Su función no se limitaba a perseguir desviaciones religiosas; también se convirtió en un espacio donde la genealogía era sometida a un escrutinio minucioso. Los candidatos a ocupar cargos dentro de la institución debían probar que descendían de cristianos viejos y que entre sus antepasados no existían judíos, musulmanes, herejes o personas castigadas por el propio tribunal. El pasado familiar era investigado con una intensidad que convertía a la memoria genealógica en un verdadero expediente moral.

Las averiguaciones inquisitoriales revelan hasta qué punto la sangre era concebida como un depósito de virtudes y defectos. La sospecha de una ascendencia

[8] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1, 17.

[9] Sánchiz Ruiz, Javier Eusebio, 1989, *La limpieza de sangre en Nueva España: el funcionariado del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 14.

considerada impura podía invalidar una candidatura sin importar las capacidades personales del aspirante. Un individuo podía poseer educación, riqueza o prestigio, pero una sola mancha en el linaje bastaba para cerrar las puertas de las corporaciones más exclusivas. El honor dejaba entonces de depender de los méritos individuales para convertirse en una herencia transmitida a través de las generaciones.[10]

La misma lógica operaba en las instituciones educativas. La Real Universidad de México, uno de los principales centros de formación intelectual de la América española, exigía condiciones que reflejaban los valores del orden colonial. El acceso al conocimiento superior no estaba abierto a todos los habitantes de la Nueva España; por el contrario, se encontraba condicionado por criterios de calidad social que excluían a amplios sectores de la población. La educación universitaria se transformó así en un privilegio reservado para quienes podían demostrar una posición acorde con los ideales de honor y limpieza exigidos por la corporación.[11]

La exclusión educativa tenía implicaciones que trascendían el ámbito académico. Al restringir el acceso a los estudios superiores, las autoridades limitaban también las posibilidades de ocupar cargos administrativos, eclesiásticos o jurídicos. El conocimiento funcionaba como una llave de acceso al poder, y la limpieza de sangre se convertía en el filtro que regulaba quién podía sostener esa llave entre sus manos. De esta forma, la universidad contribuía activamente a la reproducción de las desigualdades sociales, garantizando que los espacios de decisión permanecieran bajo el control de grupos privilegiados.

La Iglesia tampoco permaneció ajena a este proceso. Diversas órdenes religiosas adoptaron estatutos de limpieza de sangre para regular el ingreso de nuevos miembros. La vida espiritual, que en teoría debía abrirse a todos los fieles, quedó condicionada por criterios genealógicos que distinguían entre quienes podían aspirar a determinadas dignidades religiosas y quienes debían permanecer excluidos. [12]La pureza espiritual comenzó

[10] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 46.

[11] Alamilla Rodríguez, José Alfredo, 2006, *Marginación y movilidad social en la Real Universidad de México: expuestos, indios y castas, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 4-6.

[12] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 25-26.

a confundirse con la pureza del linaje, reforzando la idea de que la virtud residía naturalmente en ciertos grupos y no en otros.

Más allá de los ámbitos religioso y educativo, la limpieza de sangre también se proyectó sobre la administración local y las estructuras de gobierno. Los cabildos, encargados de la gestión de las ciudades y villas, privilegiaban el acceso de individuos pertenecientes a familias reconocidas por su honor y antigüedad. Los cargos municipales no solo otorgaban poder político, sino también prestigio social. Por ello, la participación en estos espacios se convirtió en un privilegio cuidadosamente protegido por las élites, que utilizaban la genealogía como una herramienta para preservar su predominio sobre el resto de la población.

En consecuencia, la institucionalización de la limpieza de sangre produjo un efecto profundo sobre la sociedad novohispana. Las diferencias sociales dejaron de ser simples percepciones para transformarse en realidades respaldadas por reglamentos, expedientes y procedimientos administrativos. Cada institución actuaba como un espejo que reflejaba y reforzaba las jerarquías existentes, reproduciendo una visión del mundo donde la desigualdad aparecía como algo natural, legítimo e incluso necesario para el mantenimiento del orden.

Así, la Nueva España fue construyendo una compleja red de exclusiones que se extendía desde los tribunales hasta las aulas, desde los conventos hasta los cabildos. La limpieza de sangre circulaba por todos estos espacios como una corriente silenciosa que daba coherencia al edificio colonial. Invisible a los ojos de muchos, pero omnipresente en sus efectos, determinaba quién podía acceder al honor, al conocimiento, al poder o a la salvación. De esta manera, las instituciones no solo administraron la sociedad novohispana: también contribuyeron a imaginarla, ordenarla y perpetuarla bajo el signo de una jerarquía inscrita, según creían sus contemporáneos, en la propia historia de la sangre.[13]

No obstante, la función de estas instituciones no consistía únicamente en delimitar quién quedaba fuera de los espacios de privilegio, sino también en identificar y legitimar a quienes debían ocupar los niveles superiores del orden social. Cada expediente de limpieza

[13] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 17-18.

aprobado, cada cargo concedido y cada reconocimiento de honor contribuían a consolidar una élite cuya autoridad descansaba en la supuesta excelencia de su linaje. De este modo, la vigilancia genealógica no solo reprodujo mecanismos de exclusión, sino que también proporcionó los fundamentos simbólicos sobre los cuales se edificó la nobleza novohispana. Allí donde las instituciones certificaban la pureza de la sangre, la nobleza encontraba la base de su prestigio; allí donde se reconocía una genealogía honorable, se fortalecía la convicción de que el poder y la distinción debían transmitirse de generación en generación.[14]

Si las instituciones coloniales se encargaban de vigilar las fronteras de la limpieza de sangre, la nobleza representaba el horizonte más elevado al que podían conducir dichas distinciones. En la Nueva España, el prestigio social no descansaba únicamente en la riqueza o en el ejercicio del poder, sino en la capacidad de demostrar que ambos tenían un origen legítimo y honorable. La nobleza constituía, por ello, una forma de reconocimiento que vinculaba el presente con el pasado, convirtiendo la genealogía en una fuente de autoridad y transformando la memoria familiar en un recurso político de primer orden.

Dentro de esta lógica, el linaje adquirió un valor extraordinario. Los individuos no eran juzgados únicamente por sus acciones, sino también por la historia de aquellos que los habían precedido. La familia funcionaba como un depósito de honor acumulado a través de generaciones, y cada antepasado contribuía a fortalecer o debilitar la posición social de sus descendientes. En consecuencia, la nobleza era concebida como una cualidad hereditaria que descansaba sobre la continuidad de una sangre considerada limpia y sobre la preservación de una reputación libre de toda sospecha.[15]

La importancia otorgada al origen familiar respondía a una concepción profundamente arraigada en la cultura política del Antiguo Régimen. Se asumía que las virtudes morales, la fidelidad religiosa y la capacidad para gobernar no eran simples cualidades individuales, sino atributos transmitidos por herencia. Bajo

[14] Mayagoitia, Alejandro, 2014, "La limpieza de sangre: piedra angular de la nobleza durante las postrimerías de la dominación española en tierras novohispanas y novogalaicas", en *Genealogía, heráldica y documentación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas, página 37.

[15] Ramírez Hernández, Esaú Juvenal, 2011, *El linaje del alma: el cuerpo como indicador moral y social (Siglos XVI-XVIII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 51.

esta perspectiva, la sangre aparecía como el vehículo mediante el cual circulaban el honor y la excelencia social. La desigualdad dejaba de ser una construcción humana para presentarse como una realidad natural, inscrita en la propia genealogía de los individuos.[16]

Esta forma de entender el mundo otorgó a la limpieza de sangre un papel central en la legitimación de la nobleza. La condición de cristiano viejo se convirtió en el fundamento indispensable sobre el cual podían edificarse las pretensiones de hidalguía. No bastaba con poseer riqueza o influencia; era necesario demostrar que el linaje estaba libre de cualquier ascendencia considerada deshonrosa. La pureza de sangre funcionaba así como una garantía de legitimidad, permitiendo distinguir entre quienes eran vistos como herederos naturales del privilegio y quienes debían permanecer excluidos de él.

La genealogía se transformó entonces en una herramienta de enorme importancia social. Familias de distintos puntos de la Nueva España dedicaron considerables esfuerzos a reconstruir sus árboles genealógicos, recopilar documentos y conservar memorias que acreditaran la antigüedad y nobleza de sus antepasados.[17] Los expedientes genealógicos no eran simples registros familiares; constituían auténticos instrumentos de legitimación que permitían acceder a cargos públicos, beneficios corporativos y formas de reconocimiento reservadas a los grupos privilegiados. A través de ellos, el pasado era convertido en una fuente tangible de prestigio en el presente.

En este contexto, las élites criollas encontraron en el linaje una poderosa herramienta para afirmar su posición dentro del mundo colonial. Aunque carecían de los antiguos títulos y tradiciones aristocráticas de muchas familias peninsulares, desarrollaron estrategias destinadas a demostrar la nobleza de sus orígenes.[18] La exaltación de antepasados conquistadores, fundadores de ciudades o primeros pobladores permitió construir narrativas familiares que vinculaban a determinados grupos con los momentos fundacionales de la dominación

[16] Ramírez Hernández, Esaú Juvenal, 2011, *El linaje del alma: el cuerpo como indicador moral y social (Siglos XVI-XVIII)*, Ciudad Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de México, página 51.

[17] Sánchiz Ruiz, Javier Eusebio, 1989, *La limpieza de sangre en Nueva España: el funcionariado del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 421.

[18] Mayagoitia, Alejandro, 2014, "La limpieza de sangre: piedra angular de la nobleza durante las postrimerías de la dominación española en tierras novohispanas y novogalaicas", en *Genealogía, heráldica y documentación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas, página 39.

española en América. La historia familiar se convirtió así en un discurso de legitimidad capaz de justificar privilegios y reclamar reconocimiento social.

El caso de numerosas familias novohispanas muestra que la nobleza no era una condición estática, sino una realidad que debía ser constantemente reafirmada. Los matrimonios estratégicos, la adquisición de propiedades, el desempeño de cargos públicos y la participación en corporaciones prestigiosas formaban parte de un complejo proceso de reproducción del honor. Cada generación tenía la responsabilidad de preservar el capital simbólico heredado y transmitirlo a sus descendientes. La nobleza, por tanto, no era únicamente una herencia; era también una construcción social sostenida por prácticas cotidianas destinadas a conservar el prestigio familiar.[19]

De esta manera, el linaje y la nobleza se convirtieron en elementos esenciales para la organización de la sociedad novohispana. A través de ellos, la limpieza de sangre trascendió el ámbito de las instituciones para instalarse en la vida misma de las familias, moldeando aspiraciones, alianzas y formas de representación social. En un mundo donde el pasado parecía proyectar su sombra sobre cada decisión del presente, la genealogía actuó como un puente entre la memoria y el poder, permitiendo a las élites justificar su posición privilegiada y perpetuar un orden social que encontraba en la sangre la más sólida de sus legitimaciones.

Sin embargo, la aparente solidez de este edificio social descansaba sobre una realidad mucho más dinámica y compleja. Mientras las élites buscaban legitimar su posición mediante la exaltación del linaje y la pureza de sangre, la vida cotidiana de la colonia estaba marcada por continuos procesos de encuentro, mezcla e interacción entre poblaciones de diverso origen. La genealogía pretendía fijar fronteras estables entre los grupos sociales, pero el mestizaje tendía constantemente a difuminarlas, generando nuevas identidades que escapaban a las categorías tradicionales del mundo hispánico. Esta tensión entre la aspiración al orden y la realidad de la diversidad obligó a las autoridades coloniales a desarrollar mecanismos cada vez más sofisticados de clasificación, con el propósito de preservar una jerarquía que se veía continuamente

[19] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 167.

desafiada por la propia evolución de la sociedad novohispana.[20]

Si la limpieza de sangre proporcionó el lenguaje mediante el cual la sociedad novohispana clasificó a sus habitantes, el mestizaje representó el fenómeno que constantemente puso a prueba los límites de ese sistema. La realidad cotidiana de la colonia estaba marcada por el encuentro y la mezcla de poblaciones indígenas, europeas y africanas, generando una diversidad humana que desbordaba las categorías tradicionales heredadas de la península ibérica. Ante esta complejidad, las autoridades y las élites desarrollaron nuevas formas de clasificación destinadas a preservar el orden social y a mantener las distancias entre los distintos grupos que conformaban el mundo colonial.

De esta necesidad surgió el sistema de castas, una compleja red de categorías que buscaba identificar y jerarquizar a los individuos según la combinación de sus ascendencias. Más que una simple clasificación racial, las castas constituían una forma de organización social que vinculaba el origen biológico con el prestigio, la ocupación, los derechos y las obligaciones de cada persona. En teoría, cada individuo ocupaba un lugar determinado dentro de esta estructura; sin embargo, la realidad cotidiana demostró que dichas fronteras eran mucho más porosas y negociables de lo que sugerían los discursos oficiales.

Dentro de esta lógica, la noción de calidad adquirió una importancia decisiva. La posición social de una persona no dependía únicamente de su ascendencia, sino también de factores como la riqueza, la educación, la reputación pública, el comportamiento moral y las relaciones familiares. La calidad funcionaba como una categoría flexible que permitía interpretar la posición de los individuos dentro de la sociedad. Gracias a ella, el origen racial podía ser matizado, reforzado o incluso parcialmente transformado por otros elementos de prestigio social.[21]

No obstante, esta flexibilidad tenía límites claramente definidos. Los grupos vinculados a la ascendencia africana enfrentaron algunas de las barreras más severas del sistema colonial. La memoria de la esclavitud y los prejuicios

[20] Alamilla Rodríguez, José Alfredo, 2011, *Marginación y movilidad social en la Real Universidad de México. Expuestos, indios y castas, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 79.

[21] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 47.

construidos en torno a ella generaron una asociación persistente entre la negritud y la condición servil. Como consecuencia, negros, mulatos y otros grupos afromestizos fueron frecuentemente excluidos de espacios educativos, corporativos y administrativos, quedando relegados a posiciones subordinadas dentro de la jerarquía social. La sangre africana fue convertida en una marca de infamia que trascendía la experiencia individual para proyectarse sobre generaciones enteras.

La situación de los indígenas fue más ambigua. Aunque ocupaban una posición subordinada dentro del orden colonial, la Corona reconocía a los pueblos originarios como vasallos legítimos y protegidos.[22] Esta condición permitió que ciertos sectores indígenas, particularmente las antiguas élites locales y los descendientes de linajes gobernantes prehispánicos, conservaran determinados privilegios y formas de reconocimiento social. En algunos casos, los caciques indígenas pudieron reclamar una condición semejante a la hidalguía, demostrando que la lógica de la limpieza de sangre podía adaptarse a circunstancias particulares cuando resultaba conveniente para la estabilidad del sistema.[23]

Sin embargo, la creciente complejidad del mestizaje hizo cada vez más difícil sostener una clasificación rígida de la población. Las categorías oficiales coexistían con prácticas sociales mucho más flexibles, donde la apariencia física, la posición económica y el prestigio familiar podían modificar la percepción pública de una persona. En este escenario surgieron diversas estrategias destinadas a mejorar la calidad social y a superar las limitaciones impuestas por el origen. El ascenso no siempre implicaba transformar la realidad biológica de los individuos, sino modificar la manera en que esa realidad era interpretada por la sociedad.[24]

La riqueza desempeñó un papel fundamental en estos procesos. El éxito económico permitía acceder a espacios de prestigio, establecer alianzas matrimoniales ventajosas y construir una reputación capaz de suavizar las barreras

[22] Alamilla Rodríguez, José Alfredo, 2011, *Marginación y movilidad social en la Real Universidad de México. Expuestos, indios y castas, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, páginas 23, 32.

[23] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, páginas 110, 137-138.

[24] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 73.

impuestas por la genealogía. Asimismo, la Corona desarrolló mecanismos como las "gracias al sacar", mediante las cuales ciertos individuos podían obtener reconocimientos legales que mejoraban su condición social. Estas prácticas revelan que la pureza de sangre, aunque presentada como un atributo natural e inmutable, podía convertirse en un recurso sujeto a negociación política y económica.[25]

A fin de cuentas, el mestizaje no destruyó las jerarquías coloniales, pero sí las obligó a adaptarse constantemente. La sociedad novohispana vivió atrapada entre dos fuerzas opuestas: por un lado, el deseo de preservar un orden basado en la pureza y la diferencia; por otro, la realidad de una población cada vez más diversa e interconectada. De esta tensión surgió un sistema complejo en el que la exclusión coexistió con la movilidad, y donde la sangre, la riqueza, el honor y la apariencia se entrelazaron para definir el lugar de cada individuo. Comprender estas dinámicas permite apreciar que las jerarquías coloniales no fueron estructuras inmóviles, sino construcciones históricas permanentemente desafiadas por la propia sociedad que pretendían ordenar.[26]

La persistencia de estas tensiones revela que la limpieza de sangre fue mucho más que un simple criterio de clasificación racial o genealógica. Su capacidad para adaptarse a las transformaciones provocadas por el mestizaje demuestra que se trató de un principio profundamente arraigado en la organización misma de la sociedad colonial, capaz de redefinir constantemente sus mecanismos de inclusión y exclusión sin renunciar a su función jerarquizadora. Aunque las fronteras sociales podían negociarse, desplazarse o incluso difuminarse en la práctica, el ideal de la pureza continuó proporcionando el marco conceptual desde el cual se interpretaban las diferencias humanas y se legitimaban las desigualdades. Esta realidad invita a considerar la limpieza de sangre no solo como una institución o una práctica específica, sino como uno de los elementos fundamentales que dieron forma al orden social de la Nueva España en su conjunto.

El estudio de la limpieza de sangre permite comprender que las jerarquías de la Nueva

[25] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 70.

[26] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, página 10.

España no fueron simples reflejos de diferencias económicas o culturales, sino construcciones históricas cuidadosamente elaboradas para organizar una sociedad caracterizada por la diversidad y el mestizaje. A lo largo del siglo XVIII, este principio se consolidó como uno de los principales instrumentos de diferenciación social, al vincular el origen genealógico con el honor, la virtud y el acceso a los privilegios. La sangre dejó de ser únicamente una referencia biológica para convertirse en un lenguaje de poder que definía quién podía aspirar al prestigio, al conocimiento y a la autoridad dentro del orden colonial.[27]

La fuerza de este sistema residió en su capacidad para proyectarse sobre las instituciones más importantes de la vida novohispana. Tribunales, universidades, corporaciones religiosas y gobiernos locales transformaron la limpieza de sangre en una condición indispensable para participar plenamente en la esfera pública. Al mismo tiempo, la nobleza y el linaje proporcionaron la legitimidad simbólica necesaria para sostener estas distinciones, convirtiendo la genealogía en un patrimonio tan valioso como la riqueza o la propiedad. El honor se heredaba, la reputación se transmitía y el pasado familiar adquiría un peso decisivo sobre las posibilidades del presente.

Sin embargo, la sociedad colonial nunca fue tan rígida como pretendían sus discursos. El crecimiento del mestizaje, la circulación de la riqueza y las estrategias de ascenso social desarrolladas por numerosos individuos revelaron las tensiones internas de un sistema que buscaba preservar fronteras cada vez más difíciles de mantener. La existencia de mecanismos de movilidad, lejos de destruir las jerarquías, contribuyó a reforzarlas al convertir la blancura y la pureza de sangre en ideales deseables para quienes aspiraban a mejorar su posición social. De esta manera, la exclusión y la integración funcionaron como procesos complementarios dentro de una misma estructura de dominación.[28]

En última instancia, la limpieza de sangre fue mucho más que un requisito administrativo o una preocupación genealógica. Constituyó una forma de

[27] Mayagoitia, Alejandro, 2014, "La limpieza de sangre: piedra angular de la nobleza durante las postrimerías de la dominación española en tierras novohispanas y novogalaicas", en *Genealogía, heráldica y documentación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas, página 37.

[28] Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, páginas 11-13.

imaginar la sociedad y de otorgar significado a las diferencias humanas. A través de ella, la Nueva España construyó un universo simbólico donde la historia familiar parecía determinar el destino de los individuos y donde el honor se concebía como una herencia transmitida por generaciones. Pero, al mismo tiempo, las múltiples estrategias de negociación y adaptación desarrolladas por los habitantes de la colonia muestran que ninguna jerarquía es absoluta. Entre expedientes, linajes, privilegios y castas, la sociedad novohispana dejó al descubierto una verdad fundamental: incluso los órdenes más sólidos deben enfrentarse constantemente a la complejidad y al dinamismo de la experiencia humana.

Referencias:

- Zaldívar Salinas, Carmen Paulina, 2006, *Cristianos viejos en la Iglesia novohispana. Limpieza de sangre en la Provincia de San Diego. 1617-1730*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ramírez Hernández, Esaú Juvenal, 2011, *El linaje del alma: el cuerpo como indicador moral y social (Siglos XVI-XVIII)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Porras Muñoz, Guillermo, 1968, *Estudio genealógico-biográfico del capitán don Diego de Ibarra*, Madrid, Revista de Indias.
- Sánchiz Ruiz, Javier Eusebio, 1989, *La limpieza de sangre en Nueva España. El funcionariado del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sánchiz Ruiz, Javier Eusebio, 1989, *La limpieza de sangre en Nueva España. El funcionariado del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México. (Esta fuente aparece duplicada en el registro de materiales).
- Mayagoitia, Alejandro, 2014, "La limpieza de sangre: piedra angular de la nobleza durante las postrimerías de la dominación española en tierras novohispanas y novogalaicas" en *Genealogía, heráldica y documentación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alamilla Rodríguez, José Alfredo, 2006, *Marginación y movilidad social en la Real Universidad de México. Expuestos, indios y castas, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.